

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

El altar católico.

Habemus altare.

HEB. XIII, 10.

La Iglesia católica tiene dos glorias que brillan como dos soles en su frente inmaculada, ceñida con la doble diadema de Madre y maestra del mundo. Como maestra del mundo resplandece con la gloria de las demostraciones; como madre de los hombres ostenta la gloria de sus obras. Con su celestial sabiduría ilumina y dirige las almas; con su infinita caridad cura y cicatriza las llagas de los cuerpos. Este siglo tiene grandes virtudes y grandes miserias. Estas grandes miserias le deben su paternidad; pero no es padre de aquellas grandes virtudes. El hace los pobres con su egoismo y abre las llagas con su corrupcion. La Iglesia católica

levanta palacios para los pobres con su caridad, y despues de curar sus llagas vístelos con la régia túnica de la gracia y los eleva al cielo, donde se sientan con los príncipes al lado de Jesucristo bajo dorado y espléndido dosel. La caridad, virtud exclusivamente católica obra maravillas. Si la historia no guardase en páginas de oro mil y mil portentos de caridad obrados por la madre y maestra del mundo, bastaria para su gloria el milagro que tenemos á la vista. ¿No es en efecto un milagro del poder divino de la caridad esta casa de misericordia, alcázar de la pobreza, y refugio de la ancianidad, desamparada del mundo y cobijada por Dios bajo las alas de su amorosa Providencia? Y ¿quién sino la caridad católica engendra instituciones tan sublimes como *Las*



Hermanitas de los pobres desamparados, y envía á la tierra desolada por la miseria y la corrupcion estas mujeres sublimes con la sublimidad de la pureza y del sacrificio, para distribuir á los desamparados junto con las luces de la verdad los consuelos de la caridad? Pero ¿dónde está el foco de la caridad? ¿De dónde brota esa llama divina que asi enciende los corazones? ¿Cómo se explican estas creaciones espléndidas en medio de una sociedad entregada al demonio del positivismo y de la avaricia? Hé aquí el altar católico mostrándose á nuestras miradas como el foco ardiente de ese fuego divino que prendiendo en los corazones, conviérteles en apóstoles de la abnegacion y del sacrificio. Estudiemos el nuevo altar que hoy se estrena en esta hermosa capilla; contemplemos lo que contiene y lo que significa, y quedará satisfecho nuestro deseo, al saber que el altar católico es el foco, la vida y la conservacion de la caridad que obra maravillas. Pidamos etc.

—
¿Qué veis en el altar que hoy inaugura esta casa, que llena de júbilo á las hermanitas, y hace brillar sus ojos de alegría? yo os ruego que fijeis conmigo vuestra

piadosa mirada en las tres partes mas principales de su altar, á saber; *la mesa, el tabernáculo y la cruz*, porque el estudio de esas tres partes me bastarán para mostraros en ese altar el origen, crecimiento, conservacion y fecundidad de esa virtud divina, llamada con razon *el génio del cristianismo*. Analicemos.

En esa mesa se celebra el santo sacrificio de la Misa; ahí á la par que se conmemora el sangriento sacrificio de la Cruz, se ofrece al Supremo Señor de todas las cosas la Hostia santa, inmaculada y purísima, el mismo Hijo de Dios, hecho hombre que de nuevo se sacrifica por nosotros bajo los cándidos accidentes del pan y del vino, y por nosotros se ofrece á su eterno Padre como víctima espiatoria, propiciatoria y eucarística. Y se sacrifica por amor á los redimidos, y á fin de que tengamos siempre á la vista el modelo y la fuente de todo sacrificio. Jesucristo crucificado, Jesucristo inmolado en el altar, hé ahí el libro de las almas heroicas, el modelo que imitan estas mujeres consagradas al bien de los afligidos, el foco inflamado donde se abrasan sus corazones en el amor de Dios, y de los desamparados. En vano buscariais el sacrificio en las almas, sino

viviese en el altar. Aquí es donde las hermanitas adoran aquel sacrificio cuyo fuego no se extingue nunca; adoran á su Dios-víctima, y se forman en la escuela del amor y del sacrificio para ofrecerse también ellas, como su Dios sacrificado, por la salud de los hombres.

Pero esto no les basta. El altar católico contiene además el Sagrario donde está Jesús sacramentado, hecho por nuestro amor alimento y vida de nuestras almas. Como renuevos de oliva se agrupan en torno de la mesa eucarística las hermanitas de los pobres, y ante sus almas purificadas se abre el tabernáculo de oro. Con las manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, lleno de santa alegría el corazón asisten al banquete de los ángeles donde comen el pan de los santos, se embriagan con el vino de las vírgenes, y se abrazan con su divino Esposo; y en el estremecimiento sagrado de esta unión afortunada con el Dios de la caridad desafían al cielo y á la tierra á que las arranquen de los brazos de Jesús, su Esposo amado, y las separen de sus hermanos, los ancianos desamparados. Cuando se levantan del celestial banquete, mas humildes que la violeta, mas puras que la esencia

de la azucena, mas encendidas que la rosa, adoran en el secreto del corazón á su Dios sacramentado, le dan gracias rendidas por sus bondades infinitas, y en retorno juran como el Apóstol, que ni la tribulación, ni la angustia, ni los desprecios, ni las privaciones, ni los mas rudos trabajos, podrán entibiar y menos apagar en sus pechos santificados la santa llama de la caridad, á saber; el amor de Dios y el amor de los pobres.

En la mesa del altar católico es donde se realiza la mas sublime igualdad. Ahí se concede asiento á los vasallos y á los reyes, á los pobres y á los ricos, á los humildes lo mismo que á los grandes, y todos comen el mismo pan, reciben los mismos agasajos, saborean las delicias del mismo tesoro, se unen en fraternal abrazo con el mismo Dios, y participan de la misma felicidad inefable, divina, preludio de aquella dicha eterna y gusto anticipado de aquellas delicias incomprensibles, pero realísimas que gozaremos, si somos aquí humildes y limpios de corazón, en el eterno festín de la gloria. *Manducat Dominum pauper, servus et humilis.*

No busqueis en otra parte el origen de estos prodigios, de estas obras maravillosas, de estas crea-

ciones espléndidas que á manera de vistosas guirnaldas tegidas por la mano de la caridad coronan la frente inmaculada de la Iglesia. La Eucaristía es la fuente de aguas vivas que purifican las almas y fecundizan el campo de la sociedad, cubriéndole de flores y frutos; la Eucaristía es el foco ardiente que abrasa con divino fuego los corazones, el amor encarnado que nos alimenta de sí mismo para hacernos á su imágen; amor crucificado que nos dá en su carne y en su sangre, causa eficaz de toda santidad, un memorial del cruento sacrificio de la Cruz, y una prenda infalible de la gloria.

La Cruz que corona el altar católico es el instrumento glorioso de la Redención, y el vivo recuerdo de aquella caridad infinita con que Dios nos amó hasta el extremo de darnos su propio hijo para que nos redimiese con su sangre y nos salvase con su gracia. La Cruz es para los cristianos la fuente que brota en medio del desierto. Desde que Jesús la enrogeció con su sangre, no ha cesado de correr. Esta fuente de gracia, de salud y de felicidad estaba figurada en la que surgió en el Paraíso terrestre, y se dividía en cuatro brazos para llevar la frescura y la fecundidad por todo

aquel lugar de delicias. Mirad, no os canséis de mirar el Crucifijo y notareis como de su cabeza coronada de espinas, de sus manos y piés brotan arroyuelos de sangre, sangre de amor y de rescate cuya fuente es su Corazón abierto por el hierro de la lanza. Como el ciervo sediento corre veloz en busca de cristalina corriente, así van á las fuentes del Salvador las almas atribuladas y en ellas apagan su sed de amor y reposan de todas sus fatigas; allí se purifican de toda mancha, allí se fortifican para toda clase de batallas, allí adquieren el valor y la generosidad para el sacrificio.

La Cruz será siempre la mas bella expresión del amor divino y su mas apropiado emblema. Ofrecerse, entregarse y morir por el objeto amado, hé aquí el principal carácter del amor, Jesucristo clavado en la Cruz, y con los brazos extendidos, enciende las almas, y las impulsa á ofrecerse, á entregarse, á morir por la gloria de Dios y la salud de los hombres. Una sola mirada sobre el Crucifijo, habla al corazón con mas elocuencia que todos los discursos. Preguntad al solitario lo que le llevó al desierto, al misionero lo que le condujo á convertir y civilizar salvajes, á la religiosa lo que la atrajo á la soledad y aus-

teridades del claustro; preguntad á estas hermanitas incomparables, rosas místicas, azucenas blanquísimas, heroínas de la caridad, preguntadles porquetantas privaciones y sufrimientos, porqué tan sublimes abnegaciones y sacrificios y como soportan el trabajo con tanto valor y sufren con tanta calma y alegría, y todos os responderán con Santa Magdalena de Pazzi, mostrándoos el Crucifijo. El Crucifijo es sagrario, la mesa, esto es, Jesucristo que muere en la Cruz; Jesucristo que se humilla y oscurece para ser nuestro manjar en el misterio de la Eucaristía; Jesucristo que se nos dá todo en la mesa eucarística, hé aquí el principio, el foco y la vida de la caridad que obra maravillas en el mundo y para dicha del mundo.

Gracias sean dadas á Dios porque tenemos altar donde arde continuamente el fuego del sacrificio. Ese altar ha sido fabricado por la mano de la caridad, y justo es que tributemos un recuerdo y enviemos una oracion al venerable Prelado que á impulso de la caridad dejó pagado el coste de la obra que hoy inauguramos.

¿Quién ha levantado esta casa, este palacio, albergue de la pobreza y el desamparo sino el po-

der divino de la caridad? Gracias, pues, á Dios, fuente inagotable de todos los bienes; alabanza y gratitud á los vivos que han abierto su mano generosa para llevar á digno remate las obras de esta casa; y roguemos por los bienhechores ya difuntos que dieron comienzo á las construcciones y dejaron cuantiosas sumas para continuarlas. No terminaré mi trabajo, no bajaré de este púlpito sin evocar una figura que parece levantarse viva del sepulcro para asistir á esta solemnidad; figura magestuosa y querida que pasó por este destierro haciendo bien, sembrando beneficios, derramando consuelos; corazon generoso que no há muchos años dejó de latir como dejan de latir los grandes corazones, con duelo de todos, en medio de las lágrimas de todos; varon exclarecido, cuyo recuerdo siento que palpitante se despierta en el fondo de vuestras almas, y el cual, aun desde el silencio de la tumba parece que nos envía cual fresco rocío los acentos de su amor y los perfumes de su caridad; pontífice santo cuyo carácter peculiar, cuya pasion mas ardiente, cuyo latido mas fuerte y constante fué el amor, la caridad, no necesitando de otra cosa para lograr que todos le amen y veneren su memo-

ria, sino pronunciar su nombre lleno de luz y de grandeza: el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Anastasio Rodrigo de Yusto.

Ahora, hermanos míos, venid todos y adoremos en el nuevo altar al Hijo de Dios que tomando nuestra carne y naciendo en un pesebre se hizo nuestro hermano, nuestro amigo y compañero. *Se nascens dedit socium.* Venid y adoremos en el Sagrario al Verbo divino hermanado que se nos dá en alimento y nos deifica con la comunión de su cuerpo y de su sangre. *Convalescens in edulium.* Venid, y adoremos en el Crucifijo del altar al Redentor de los hombres, al Hijo de María, á Jesús, cuyos lábios solo se abrieron para bendecir, cuyo corazón solo latió para amar, cuyas manos taladradas por el clavo de la servidumbre solo se alzaron para romper todas las cadenas, para exaltar á los oprimidos, para sanar á los llagados y amparar á los huérfanos y desvalidos. *Se moriens in pretium.* Venid, y adoremos en la Mesa, en el Sagrario y en el Crucifijo á Jesús que reina en los cielos y nos ofrece un asiento en el banquete de la gloria. *Se regnans dat in premium.* Adóremosle en el altar mientras vivimos en el tiempo para reinar con él por toda la eternidad. Z. M.

VARIEDADES.

La col del Padre capuchino.

Visitaba á una enferma un capuchino del convento de Tolosa en Francia.

—Padre mío,—le dijo una vecina,—no soy, vieja pecadora, la que solo necesita de vuestros consejos y oraciones, sino Juan, ese condenado Juan que no va nunca á misa y trabaja los domingos, escandalizando así á todo el barrio.

Juan era un pobre hombre viudo con tres hijas, y un huertecillo por única propiedad, que, aunque les daba lo suficiente para vivir, no valía para dotar á las tres hijas, que iban creciendo. Así es que el pobre Juan trabajaba fiestas y domingos, y se enfadaba muchas veces contra Dios, que le hacía la vida muy penosa.

—Juan,—exclamó el Padre oyendo esta historia;—¿dónde está ese viejo peccador?

—Allá abajo en su huerto, entre sus coles.

—Voy corriendo.

—Y aproximándose á él dijo:

—Juan, sé que sois un buen hombre, pero también podríais ser un buen cristiano. ¿Cómo es que siendo vuestras hijas tan piadosas, sin duda malas lenguas dicen que los domingos van solas á misa?

—Es verdad, pero no tengo tiempo; además, para lo que nos dá, no vale la pena de rogar á Dios.

—También creo sea una calumnia que trabajéis los domingos.

—Aquel día hay que comer como los

otros días, y si me cruzo de brazos Dios no me alimentará.

—Contad con la Providencia; Dios recompensa siempre al que confía en Él. Adios, Juan.

Dos días despues volvió el Padre capuchino á visitar á su enferma, no pensando en Juan ni en sus coles. Pero la vecina y varias mujeres salieron apresuradamente á su encuentro.

—Padre,—decían,—vaya Vd. á ver á Juan; creemos que se va á convertir; milagrosamente le ha hecho Vd. crecer las coles.

Y, en efecto, en medio del huerto una col habia crecido desmesuradamente.

—La Naturaleza es muy caprichosa,—dijo el buen fraile,—y hay fenómenos de vegetación extraordinarios.

Lo cierto era que en dos días la col se habia hecho arbusto y su altura pasaba de dos metros, y maravilladas las mujeres habian levantado junto á ella una especie de oratorio con lienzos blancos; á cada momento iban á admirar el crecimiento de la prodigiosa col, y aún creían ver en la estructura de sus hojas los instrumentos de la Pasión.

El Padre hizo poco caso del milagro; pero no así aquellas piadosas mujeres, que difundieron la noticia por el mercado, calles y plazas de la ciudad, hasta el punto de no haber casa donde no se hablara sino de la col del Padre Capuchino, y entonces la procesion comenzó, pues todos querían verla.

Primeramente las cocineras, despues los ricos y personas notables, el prefecto y el alcalde, y el huerto no se desocupaba de gente.

Juan habia entretanto discurrido un medio ingenioso en provecho propio, y fué colocar á sus hijas á la salida del huerto con unas bandejas para coleccionar dinero, donde de tal manera cayeron monedas de cobre y plata que al fin de la peregrinacion cada una reunió una dote de 500 francos.

Juan se confesó, y no faltó mas al precepto de oír misa; fué hortelano del convento, donde no se trabajaba los domingos, y cuando la col murió, porque en este mundo hasta lo mas hermoso muere, conservó la planta seca en un corredor del convento.

Muy conocido es hoy el nombre del Capuchino, y millares de personas han visitado en 1859 y 1860 la col fenomenal de la calle del Acueducto, en la parroquia de San Estéban, donde hoy existe.

(De *El Alicantino*.)

LA BALADA DEL PESCADOR,

En el fondo de una pequeña bahía, bajo un acantilado cuya base minan las olas sin cesar, entre las rocas de que penden guirnalda de algas de un verde oscuro, se ven dos hombres; j6ven el uno, anciano el otro, aunque robusto y ágil todavía. Esperan la marea que sube lentamente, impulsada por una brisa fresca y suave. Las ondas vienen á morir á sus piés, deslizándose sobre la arena, que doran los rayos del sol, con un murmullo alegre y cadencioso.

Poco tiempo despues, una barquilla se aleja de la playa, con la proa elevada, dejando tras de sí una estela brillante, como una cinta de blanca espuma.

El anciano vá cerca del timon; mira las velas que ahora se hinchan, movidas por el viento; ahora caen á lo largo del mástil, como las alas de un ave fatigada.

Sus ojos parecen buscar á veces un signo en el horizonte y en las nubes que permanecen inmóviles. Despues queda pensativo; y sobre su frente tostada por el sol, se lee toda una vida de trabajo y de lucha, sostenida con valor, y sin retroceder jamás.

El reflujo abre en las tranquilas aguas, valles risueños que el petrel recorre balanceado graciosamente por las ondas brillantes y azuladas. Desde lo mas alto de los aires la gabiota baja, rápida como una flecha, buscando en ellas su presa; y sobre la punta oscura de una roca, reposa inmóvil y silencioso el cuervo marino.

El menor accidente, un ligero soplo, un rayo de luz, varia el aspecto de estas escenas cambiantes. El jóven, entregado á sus pensamientos, las vé como se vé en un sueño. Su alma vaga sin duda por regiones desconocidas, mecida por el ruido que produce la quilla al hender ligera las olas, semejaute á la dulce y monótona cantinela con que la madre duerme al infante.

De pronto saliendo de su meditacion, sus ojos se animan y resuena en el espacio su voz sonora:

«Al labrador los campos, al cazador los bosques, al pescador el mar y sus hondas, sus arrecifes y sus tormentas!

«Con el cielo sobre su cabeza: con el abismo bajo sus piés; él es libre; él es su único señor.

«¡Como obedece á su mano la frágil

barquilla! ¡Cuál se desliza sobre las móviles llanuras, impulsada por la fuerza del viento!

»Él lucha contra las olas y las vence; lucha contra los vientos y los domina. ¿Quien es tan fuerte como él?

»¿Donde están los limites de su dominios? ¿Ha podido hallarlos el hombre alguna vez? Por doquiera se extiende el Océano, Dios le ha dicho: Vé; esto es tuyo.

«Sus redes sacan del fondo de las aguas, una cosecha viviente que nunca se agota. Tiene rebaños innumerables que crecen para él en las fértiles praderas que cubren los mares.

»Flores rojas, azules, amarillas, púrpúreas, se abren bajo las ondas y, para encantar su vista, las nubes le ofrecen playas inmensas, hay muchos rios, lagos azulados, y montañas, y valles y ciudades fantásticas; ora ocultas en la sombra, ora iluminadas por los resplandores del sol próximo á desaparecer del horizonte.

»¡Oh! ¡cuán bella es la vida del pescador! ¡Con qué fuerza me atraen sus alegrías varoniles y sus rudos combates!

»Y sin embargo ¡madre mia! cómo late angustiado vuestro corazón cuando, durante la noche conmueve de improviso el huracan nuestra débil caña! ¡Cuán presto os levantais temblando, á invocar el auxilio de la Virgen divina que protege á los pobres marineros!

»De rodillas ante su imagen bendita, vuestras lágrimas corren por vuestro hijo que el maelstron arrastra en las tinieblas, hácia los escollos en que se oyen las quejas de los que murieron, confundidas con la voz de la tempestad.»

(LAMENNAIS.)